

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVILJANO

Me equivoqué

La hilaridad de Aznar deja ver, mucho más de lo que él descarta, la pasión dominante en su carácter y el fondo de su pensamiento. La manera frívola de huir de una realidad desagradable para él, al ser interrogado sobre algo que evidencia su falta de sentido moral o de la libertad, carece del elegante distanciamiento que la ironía da al sentido del humor. Pocos españoles tienen este precioso don tan común en los pueblos anglosajones. Aquí reímos siempre de algo o por algo en lo que no estamos involucrados. No alcanzamos la sutileza de reír de uno mismo para ridiculizar lo ajeno. La inoportuna risa de Aznar nos desconcierta porque no procede de la ironía ni de una situación risible. No es risa inglesa ni española. Cuando ríe sin hablar, parece mohín para dar la buena impresión de que siempre está en estado de «gracia» o de humor optimista. Cuando habla riendo, parece risa floja para desatar los nervios que la inhabilidad de su elocuencia no puede liberar. Se ríe sin saber cómo ni por qué. Pero su risa no es vital ni ofensiva o confiada, sino suspicazmente defensiva, como la de ciertos niños tímidos y sin pudor, pillados en falta.

Esta forma de reír sin causa produce en los demás menos simpatía que compasión y más inquietud que tranquilidad. Pero en un jefe de Gobierno, la risa sin causa o, mejor dicho, la risa por causa de llanto, que es exactamente la risa hipócrita de Aznar, denota mayor amargura por la frustración disimulada con la risa, que sincera alegría por el retorno al sentido de la realidad; y menor impertinencia social que frialdad moral y timidez. O sea, todos los ingredientes del narcisismo infantil. Dada la forma de subir a la jefatura de un partido sin ideales, es casi imposible que una persona moralmente madura llegue a ser jefe de Gobierno en el Estado de partidos. La inmadurez de Aznar, manifestada cada vez que ríe —y no para de reírse— puede ser tan autoritaria como la clínica marchitez de González, aunque más peligrosa en ciertas cuestiones por su falta de sentido de la realidad. A juzgar por su risa, la célebre frialdad de Aznar no proviene de la fortaleza de un carácter dominador de las pasiones, sino de la debilidad de su temperamento, de la ausencia de pasiones calurosas como las de libertad y amistad. Tiene la frialdad de un niño egoísta. Pero con el juego del Estado en sus manos.

Nunca escribo sobre personas. Pero cuando vi en televisión que Aznar repetía una y otra vez, muerto de risa por el rechazo de su proyecto de Ley de Secretos Oficiales, «me equivoqué, me equivoqué, mire bien como se lo digo: me-e-qui-vo-qué» (trazando la corta frase con su mano siempre en el aire para que se leyera como un titular de prensa), sentí que algo gravemente perturbado se escondía bajo esa forma casi chulesca de reconocer una falta. Y comprendí en el acto que la expresión «me equivoqué», aunque era lógicamente equivalente en insolencia a la de Felipe llamando error a los asesinatos de orden psicológico que debía descarnar para comprender qué tipo de persona nos gobierna. Lo demás era bien sencillo. Aznar reconoce que se ha equivocado en lo único que podía equivocarse. No sobre sí mismo, sino sobre los demás. No en haber intentado recortar la libertad de expresión en materia decisiva, cosa de la que no se duele ni arrepiente, sino en haber desconocido la realidad del mundo que gobierna. Se equivocó porque creyó que los medios de comunicación y el poder judicial eran tan insensibles como él a la libertad de expresión. La risa por causa de llanto revela el carácter infantil de un autoritarismo espasmódico y la naturaleza reaccionaria de un pensamiento oculto.

TRIBUNA LIBRE

La algarabía de las tertulias

[LUIS NUÑEZ LADEVEZE]

Si oyen cada vez con más insistencia comentarios sobre los excesos de los comentaristas de periódicos y de tertulias radiofónicas. La crítica nunca sobra, así que bienvenida sea. No está de más que quienes tienen por oficio criticar sean a su vez criticados. Incluso se ha hablado, días atrás, de que se había desestimado el borrador de una hipotética ley mordaza. El asunto no es menor. Podría encubrir, bajo apariencia de velar por la dignidad ofendida en los comentarios, un ataque encubierto a la libertad de opinión. Pero, antes de entrar en honduras, preguntémosnos quiénes se quejan, qué dicen y por qué.

Lo que al parecer molesta más es la facilidad con que los periodistas toman la medida al poder político. El principal objetivo, declarado o inconfeso, son las tertulias radiofónicas. En ellas se habla de todo y de todos, especialmente de política y de políticos. El reproche principal se suele centrar en que los contertulios, seres de conocimientos tan limitados como los demás mortales, se expresan como si fueran enciclopedistas, con el desparramo de los omniscientes; a veces se exceden en sus juicios conjeturando barbaridades, porque hablar es fácil, pero fundamentar lo que se dice es cosa diferente. El arbitrio y la contumelia están a la orden del día.

El reproche es válido. Las tertulias resultan entretenidas, pero también grotescas, cuando no mordaces e insultantes. Hay que sonreír cuando alguien, economista de renom-

bre, expone con desenvoltura de especialista postkantiano las pautas de *La paz perpetua* o si otro tertuliano comenta, como quien no quiere la cosa, que no hay contertulio que se precie de serio que no haya leído el célebre opúsculo de Kant.

Todo es posible, pero creo que la única defensa al alcance de quien

«Los políticos necesitan a los contertulios y los aborrecen cuando éstos no sirven a sus deseos»

no tiene el privilegio de exhibirse en un medio de comunicación es la sospecha de que quien habla con petulancia o con acritud es un ignorante que encubre sus desconocimientos con alardes de postiza erudición. También el que va al médico queda a merced de su criterio y, si desconfía, que vaya a otro.

Es verdad que al opinar sin fundamento, los contertulios pueden resultar agresivos e injustos. Esta crítica es razonable, decía, pero ¿qué se obtiene de ella? ¿Rectificar los criterios de selección de quienes dirigen los programas de debate de

radio y televisión? El asunto es más complejo y delicado. Tropezaríamos con tres problemas. Primero, con el de si hay mejor forma de seleccionarlos. Segundo, el de cómo asegurarnos de que los seleccionados aceptarían el encargo. Tercero, cómo saber que la audiencia aceptaría con agrado la selección.

Estos tres asuntos son mucho más problemáticos de lo que a primera vista puede parecer. Todos tenemos algún criterio selectivo pero no hay modo de saber por qué ha de ser preferible uno a otro. Alguno diría que lo preferible es seleccionar a los mejores comentaristas. Pero, ¿cómo decidir quiénes lo son? El único procedimiento «objetivo», entre comillas, sólo puede ser el de satisfacer las expectativas de los oyentes. Pero no hay ningún modo de conocer directamente esos gustos; y de los indirectos, el más válido es el de comprobar la aceptación del programa. Es el mismo procedimiento que se sigue para saber qué coche, qué jabón o qué filme es el mejor: dejar que el cliente compre el que prefiera.

Supongamos, por otra parte, que solicitáramos la participación de los que realmente saben de lo que hablan. ¿Por qué habrían de condescender a exhibir sus conocimientos ante quienes no los necesitan o no los van a apreciar en su valor? El comentario en los medios periodísticos se hace ante la galería y lo hacen quienes necesitan que la galería les aplauda o quienes han convertido esa función en un medio de vida, en una profesión socialmente reclamada. Pero el especialista que sabe de lo suyo o el artista que se sabe creador o el escritor

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax (Fax: 586 48 48) o por correo electrónico (internet@el-mundo.es)

Los muertos que vos matáis

Sr. Director:

Mientras miles de refugiados mueren en Zaire, los prohombres de la política internacional se rasgan las vestiduras ante lo que nos presentan como una fatalidad que sacude periódicamente al continente negro.

Actualmente, 5.000 niños iraquíes mueren cada día a causa del bloqueo al que EEUU, en contra de lo dictado por la ONU, tiene sometido a ese país, a causa de una guerra, la del Golfo, que terminó hace cinco años. Cuba sigue soportando un embargo endurecido

por la Ley Helms-Burton, que ha sido condenada por la Asamblea de la ONU. Alfortunadamente allí los más débiles aún no caen como chinchas.

Si esto llega a ocurrir, ¿se lamentarán EEUU y la comunidad internacional de los terribles estragos de la pobreza? ¿Tendrá entonces el amigo americano su brazo salvador a los muertos que contribuye a matar? Las desgracias de la humanidad pueden preverse, hallando sus causas y sus culpables.

La sangre centroafricana mancha las manos de Europa; la de otras latitudes empapa las de EEUU. Celia Machón. Madrid.

La verdad y la moral inmutables

Sr. Director:

A través de su periódico quisiera agradecer a los

obispos católicos, y especialmente al obispo de Córdoba, monseñor Javier Martínez, su valentía al defender, con claridad y con la responsabilidad que les corresponde, la doctrina de la Iglesia a la que representan.

Hoy hace falta valor para atreverse a afirmar que existen una verdad y una moral inmutables. Por todas partes el viento sopla hacia el cambio y la novedad, y los que se avergüenzan de permanecer fieles a las verdades eternas son minoría. Sin embargo, la mediocridad y el fracaso de tantas vidas conyugales no impide que el matrimonio sea el clima normal de la sexualidad.

El hecho deplorable de que haya niños maltratados y un incalculable número de niños mimados no implica por ello que la familia haya dejado de ser el medio más favorable para la educación. Y cualesquiera que sean los

abusos a los que ha dado lugar la libertad de mercado, todavía sigue siendo ésta la que suministra el terreno más propicio para la expansión económica y para la justicia social.

Igual que doy las gracias a los obispos, respecto a la libertad del señor Alvarez Cascos y la de tantos otros por hacer uso de ella según lo que consideran que es mejor para ellos, aunque creo que es más libre el hombre que se mantiene fiel a su compromiso conyugal que el que va de una a otra como de flor en flor.

Para lo primero, hombre y mujer han de tener fortaleza y capacidad de sacrificio. Para lo segundo, basta con dejarse llevar por los impulsos, que es más fácil y menos racional. Tomás García Andrés. Majadahonda (Madrid).